

Arrojé la nota de Mikey a un cajón de la mesa, con otras docenas más: notas escritas en papel de todos los tamaños y colores, garabateadas, rasgadas, emborronadas. Aquel día, mientras los alumnos de mi clase hacían una prueba, me puse a leer notas que hasta entonces sólo había mirado de pasada. Hice dos montones, uno con las notas auténticas escritas por las madres, otro con las falsificaciones. El segundo era mayor, con textos que iban de lo imaginativo a lo delirante...



El cajón estaba lleno de muestras de talento que nunca se había cantado ni contado ni estudiado. ¿Cómo podía haber pasado yo por alto ese tesoro, esas joyas de la ficción, la fantasía, la creatividad, la hipocresía, la autocompasión, con problemas familiares, explosiones de calderas, hundimientos de techos, incendios que devoraban manzanas enteras, niños de pecho y animales de compañía que se meaban sobre los deberes, partos inesperados, ataques al corazón, apoplejías, abortos, atracos a mano armada? Aquí estaba el mejor estilo de redacción de los institutos: crudo, auténtico, directo, lúcido, sucinto, mentiroso:

“La estufa se incendió y se prendió el papel pintado y los bomberos no nos dejaron entrar en la casa en toda la noche.”

“El retrete estaba atascado y tuvimos que ir al bar Kilkenny al final de la calle, donde trabaja mi primo, para usar su retrete, pero éste también estaba atascado de la noche anterior, y ya se imaginará usted lo difícil que ha sido para mi Ronnie prepararse para ir al instituto. Espero que le disculpe esta vez, y no volverá a suceder. El hombre del bar Kilkenny estuvo muy amable, ya que conoce a su hermano de usted, señor McCord.”



“Arnold no lleva hoy hechos los deberes porque ayer cuando se apeaba del tren las puertas al cerrarse le pillaron la cartera y el tren se la llevó. El gritó al conductor, que le dijo cosas muy vulgares mientras el tren se marchaba. Deberían hacer algo.”

“El perro de su hermana se le comió la tarea, y ojalá reviente.”

“Su hermanita pequeña se le hizo pis encima del relato esta mañana, cuando estaba en el baño.”

“En el piso de arriba se murió un hombre en la bañera, y el agua se salió y estropeó todos los deberes de Roberta, que estaban en la mesa.”

“Su hermano mayor se enfadó con ella y le tiró la redacción por la ventana, y salió volando por Staten Island, y eso no está bien porque la leerá la gente y se pensará lo que no es, si no leen el final, donde se explica todo.”

“Tenía la redacción que le mandó escribir usted, pero cuando la estaba repasando en el transbordador vino una racha de viento fuerte y se la llevó. “

“Nos desahuciaron el piso y el ruín del alguacil dijo que si mi hijo seguía pidiéndole a gritos el cuaderno nos haría detener a todos.”



Me imaginé a los redactores de las notas de disculpa en los autobuses, en los trenes, en transbordadores, en cafeterías, en bancos del parque, intentando discurrir disculpas nuevas y lógicas, intentando escribir como creían que escribirían sus padres.

No sabían que las notas de disculpa auténticas de los padres solían ser sosas. “ Peter ha llegado tarde porque no ha sonado el despertador. “ Una nota como ésta no se merecía siquiera un lugar en la papelera.

Hacia el final de curso pasé a máquina una docena de notas de disculpa, las reproduje a multicopista y las repartí entre los alumnos de mis dos clases de último curso. Las leyeron en silencio y con atención.

-Eh, señor McCourt, ¿ qué es esto?

-Notas de disculpa.

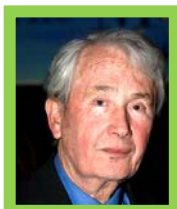
-¿Cómo es eso? ¿Notas de disculpa? ¿Quién las ha escrito?

-Las habéis escrito vosotros, o algunos de vosotros...

-Algunas notas de esa hoja fueron escritas por gente de esta clase. Vosotros mismos os reconoceréis. Pusisteis en juego vuestra imaginación y nos contentasteis con la vieja historia del despertador. Os pasaréis el resto de vuestras vidas inventando disculpas, y querréis que sean creíbles y originales. Hasta puede que acabéis escribiendo disculpas para vuestros propios hijos, cuando lleguen tarde o falten o hayan hecho alguna diablura. Probad ahora. Imaginaos que tenéis un hijo o hija de quince años que necesita una disculpa por ir retrasado en la asignatura de Lengua Inglesa.



No se miraron unos a otros. No mordisquearon los bolígrafos. No remolonearon, Estaban deseosos, ansiosos de inventar disculpas para sus hijos e hijas de quince años. Era un acto de lealtad y amor y, quién sabe, esas notas podrían hacerles falta algún día.



Frank MCCOURT, El profesor.